NUM. 23. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 5 DE JUNIO DE 1864. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Con la solemnidad de costumbre la Real Archicofradía de San Ginés y San Luis celebra hoy la funcion principal de Minerva en la iglesia de esta última parroquia. Creemos que el tejado de la torre debe componerse con gran cuidado porque ayer aconteció una sensible desgracia. Pasaba una criada que volvia de la compra por las inmediaciones de la iglesia cuando cayó una teja que hiriéndola en la cabeza la dejó con poquísimas esperanzas de vida.

Prosiguiendo la noticia de los cultos que se celebran en Madrid haremos mencion de la letanía y salve que se cantan los sábados al anochecer despues del rosario en el templo de las colegialas de Loreto calle de Atocha. La armonía de aquellas frescas y argentinas voces y el estilo de la música, son muy apropósito para atraer gran concurrencia de fieles.

Por último, no dejaremos de mencionar las funciones que se hacen hoy al Santísimo Sacramento, la una en la iglesia de San Juan de Dios, donde á las diez habrá misa y sermon y por la tarde completas; y la otra en el templo de la venerable congregacion de presbíteros naturales de Madrid, donde la misa y sermon se dirán á las diez y media y las completas de la tarde serán seguidas de la visita de altares.

La nueva semana, como se ve, comienza santamente. La que ha transcurrido ha sido bastante estéril no en funciones de iglesia sino en sucesos de otro género.

En San Pascual de Aranjuez ha profesado una monja. El señor Sans, pintor muy conocido y apreciado ha terminado su cuadro de la batalla de Tetuan, encargo segun parece del general O'donnell y del cual hablaremos cuando le veamos. El señor Rico, pensionado en París, enviará á la próxima esposicion dos paises que representan las orillas del Sena y otro que es la vista de una cascada suiza, tomada del natural. Por su parte el señor Herrer, tambien pensionado en la capital de Francia, envia su gran lienzo que representa á Cárlos V en los últimos dias de su vida, un cuadro de género y un estudio del natural. Cada uno de nuestros grandes artistas están preparando obras que no dudamos darán en la próxima esposicion una alta idea de los adelantos del arte en España.

Se han recibido noticias de Inglaterra que nos hablan del casamiento del conde de París con la infanta hija de los duques de Montpensier. La ceremonia se celebró en Kingston con gran solemnidad, y los novios fueron muy aplaudidos por el concurso que acudió á presenciarla. El conde de París viene á tener unos veinte y seis años, y su esposa diez y seis, y el primero al presentarse despues de recibida la bendicion nupcial á los testigos y convidados, dicen que pronunció un discurso que nada dejó que desear.

Tambien cuenta un periódico que en la capital de China se va á celebrar una esposicion universal de los productos de la industria. Nosotros lo que podemos decir sobre esto, es que hemos recibido una invitacion directa del ministerio chino, el cual se propone que su esposicion sobrepuje á la que debe verificarse en Madrid, segun se anunció hace unos cinco ó seis años, y nos invita á que cuanto antes la celebremos para anunciar él la suya inmediatamente. Hemos contestado que todo lo mas que podremos tardar en celebrarla, serán unos diez siglos, tiempo que parecerá cortísimo á una nacion como la China, cuyos anales se remontan á muchos millares de años.

Nuestro gobierno ha presentado al Senado un proyecto concediendo á una compañía el privilegio esclusivo de establecer un Banco territorial hipotecario que se encargue de prestar á plazos largos á la agricultura y á la propiedad con un interés de 5 y 60 céntimos por 100. El banco podrá emitir cédulas al portador por la cantidad que preste. La propiedad y la agricultura necesitan un banco de esta especie para salir del estado precario en que se encuentran; pero á nosotros nos asusta el privilegio esclusivo, que puede hacer que la compañía escoja lo mas saneadito y florido, y el resto se quede sin auxilio de ninguna especie y sin esperanza de encontrarle. Además tenemos que preguntar: ¿admitirá y pagará el banco á la par las cédulas que emita? Porque si no las recibe á la par, el interés podrá elevarse indefinidamente, hasta el punto de ser tan usurario como lo es hoy. Por otra parte, la duracion de un siglo para un privilegio de esa clase nos parece escesiva. Compárese nuestra situacion económica de 1764 con la que tenemos hoy, y se podrá tener una idea del inmenso progreso que en 1964, podrá haberse verificado en España. ¿Y hasta entonces no podremos tener esperanza de que el interés baje del 5 y 60 céntimos por 100? Nosotros creemos que ese interes ha de bajar antes de cincuenta años. Si se disminuyera, pues, en la mitad la duracion del privilegio, ó mejor si no le hubiera, pues realmente la compañía no le necesita hoy ni le necesitaria nunca para obtener todas las ganancias que se proponga, nos alegraríamos de su formacion como de un suceso próspero. Esperamos todavia que en las córtes se modifiquen estas disposiciones.

Para el domingo inmediato se anuncia la apertura de los Campos Elíseos que será un acontecimiento en los fastos de los entretenimientos campestres y de los conciertos al aire libre. El teatro de los Campos Elíseos es muy capaz y cómodo; mas no sabemos qué tales condiciones acústicas tendrá. Los ángulos que forma la sala no son muy á propósito para que se oiga de todas partes. Dícese que la ópera *Guillermo Tell*, asi como el *Fausto*, de Gounod, serán puestas en escena con un lujo estraordinario. No hay por supuesto nada de oponerse Mr. Bagier á que se canten óperas en verano mientras esté cerrado el Teatro Real.

De dos compañías de verso tenemos hasta ahora barruntos de que actuarán en Madrid en la temporada próxima: una en el teatro del Príncipe bajo la direccion de Matilde Diez y Catalina, y otra en el de la calle de Jovellanos para alternar con las zarzuelas. En esta última figuran Mario, García, la Valverde y algunos otros actores y actrices de mérito que sin altas pretensiones formarán un cuadro bueno para la comedia moderna.

Arjona, segun parece, está ajustado para el teatro de Valladolid; y Romea no sabemos aun lo que podrá hacer cuando se encuentre completamente restablecido. En cuanto á Teodora ya hemos dicho que vá á Barcelona.

Vayan ustedes atando cabos para resolver la cuestion del Teatro Nacional, cuando quiera y donde quiera que se llegue á construir el edificio. Supongamos, y no es poco suponer, que ya le tenemos: supongamos tambien que nuestros buenos autores dramáticos trabajan mu-

cho y bien. ¿Y los grandes actores? Como no volvamos á los tiempos de Felipe IV, pasarán algunos años sin que pueda formarse un cuadro que nada deje que desear. Pero esto de volver á los tiempos de Felipe IV, en que se confiscaban los actores do quiera que estuviesen para hacerlos representar en la córte, es muy duro y se puede perdonar el bollo por el coscorron

En la Zarzuela se ha representado la semana pasada *El Médico de las damas*, produccion del señor Picon. El libreto tiene chistes muy ingeniosos que hacen honor á este apreciable literato; pero hay que confesar que no es de lo mejor que ha salido de su pluma. En cuanto á la música, nada tiene de particular.

El viernes último se puso en escena la zarzuela en un acto titulada *antes del baile, en el baile y despues del baile*. No hay que decir que hubo su poquito de jaleo y de broma: la produccion fue aplaudida sin pretensiones del mismo modo que fue representada.

En el Príncipe, habiendo dado punto á sus tareas por este año la empresa de Catalina, ha comenzado las suyas la compañía italiana que dirige la señora Cirili, habiendo puesto en escena la tragedia *Norma*. Hablaremos mas despacio de esta compañía.

Se ha publicado la vista de la causa de la calle del Fúcar ó sea del asesinato de doña Cármen Calza por su criada Vicenta Sobrino. La criada ha aparecido convicta y confesa del crímen: desde la primera declaracion indagatoria dijo que presumia que su prision tenia por causa la muerte que habia dado á su ama. En sus declaraciones sucesivas se ratificó en lo que habia dicho, dando pormenores terribles que muestran hasta qué grado de perversion pueden llegar la inteligencia y el corazon humanos, y añadiendo que habia sido instigada al atentado por el marido de la víctima don Cárlos Casulá. Esta última aseveracion no se ha probado, no siendo suficientes para declarar culpado á don Cárlos Casulá los indicios que contra él aparecen. Por eso el juez le absuelve de la instancia, mientras condena á la Vicenta Sobrino á la pena de muerte y otras accesorias para el caso de que fuese indultada de la principal.

Nunca será escesiva la recomendacion que hagamos á las familias para que no admitan en sus casas sirvientes que no presenten los informes mejores, y de cuya moralidad y buenas costumbres no tengan los datos mas seguros.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CUADRO DEL SEÑOR GISBERT,

REPRESENTANDO EL JURAMENTO DE DON FERNANDO IV EN LAS CÓRTES DE VALLADOLID.

Cuando una obra cualquiera del ingenio tiene el privilegio de llamar la atencion general, siendo objeto de juicios mas ó menos apasionados, es evidente que sale de la esfera de la vulgaridad, y en esa propa boga lleva su apología. Asi ha sucedido con el nuevo cuadro del señor Gisbert, objeto del presente artículo, y cuyo grabado damos en este número.

La justa fama del autor quedó sentada en su ya célebre cuadro de los Comuneros, que despues de causar la admiracion del público madrileño, dió la vuelta al mundo, evidenciando á la par de otras creaciones de artistas no menos recomendables, que la España moderna, si resucita sus viejas glorias, si brilla otra vez en las armas y letras, si avanza por el carril de las mejoras materiales, si sigue, en fin, con raudo vuelo la marcha progresiva del siglo, no queda rezagada en las artes que un dia le dieron tanto renombre, pues el genio de los Velazquez y Murillos revive en esa lucida juventud que abriendo el camino á una nueva escuela, promete dias de gloria á nuestra nacion, ganosa solo de estabilidad política para descollar en las artes que medran á la sombra de la paz.

Háse dicho que la especie de renacimiento que se efectúa, era consecuencia de sucesos muy cercanos, como estableciendo solidaridad entre ambos, pero nada es menos exacto. La regeneracion de España data desde el feliz momento en que, por la fuerza misma de las cosas, ingresó en el número de los pueblos libres. Seria ingratitud desconocer los beneficios que hubo de producir, y en efecto, produjo, un suceso de tamaña trascendencia. La libertad política trae consigo toda clase de legítimas emancipaciones: de ahí la gran revolucion que asi en el órden político como en el social, venimos presenciando hace años en una cadena de fenómenos que no son sino consecuencias lógicas del indicado principio, ó mejor su desarrollo natural y necesario.

Es achaque entre nosotros asaz comun, sin duda por efecto de malos resabios, atribuir á un hecho, á un nombre, á una circunstancia accidental, lo que es fórmula ó condensacion, síntesis de aquella necesidad y eslabon de aquella cadena, segun el cálculo fijo y preconcebido á que la Divina Providencia en sus inescrutables designios, tiene subordinada la marcha de la humanidad.

El hombre pensador que lee estas verdades en el gran libro de la historia, se rie de la mezquindad de juicios con que otros, indiferentes ó livianos, sin tender su mirada mas allá del breve círculo que les rodea, juzgan los hechos por su estrecho prisma, encontrando solo la confusion de las ideas con proposiciones aventuradas, falsas en su base ó no asentadas en ninguna.

El mismo impulso que dió nueva fórmula á nuestro credo político, que varió nuestro organismo, que mejoró nuestras instituciones, que realentó el espíritu nacional, desplegando industria, comercio, ejército, marina, elementos de órden y elementos de produccion, riqueza pública é intereses materiales, produjo á la vez la reaccion moral y el vuelo del genio, que pronto desplegó sus alas por el horizonte de la literatura y de las bellas artes. Díganlo sino los nombres populares de Toreno, Duran, Espronceda, Balmes, etc.; los de Madrazo, Espalter, Villamil, Ribera, etc., verdadero patriciado en ambos géneros, símbolo de varones ilustres, convertidos hoy en patriarcas, á cuya ciega fe y ardorosa accion se debe la iniciativa que ha guiado á tantos talentos, sembrando indudablemente los fecundos gérmenes ya convertidos en plantas lozanas, cuyo fruto empezamos á saborear.

Algo de esta gloria atañe de derecho á la juventud ya enunciada que con no menos ardor y no menos fe se afilió al noble sacerdocio, despreciando obstáculos capaces de llevar su arrojo al heroísmo y su fe hasta el martirio. En períodos de germinacion, no hallándose aun bien formado el gusto del público, es muy árdua la tarea de complacerle, que envuelve á un tiempo la de dirigirle y adoctrinarle. La voluntad creadora, debe abrirse camino al través de mil prevenciones y contradicciones, levantarse muy alta para ser el blanco de todas las miradas, fundar principios donde solo reina la anarquía, y restablecer las leyes del sentimiento y del buen gusto en medio de un gran desórden de ideas estraviadas.

¿Quién es capaz de enumerar los esfuerzos, las luchas, los desengaños que se atraviesan al hombre de genio, escritor ó pintor, hasta que logra abrirse paso mereciendo alguna atencion? Hoy no basta una simple enunciativa, un poco de chispa que en otros dias sobraba para dar fama á un autor: se exige, y en cierto modo con razon, que los profesores sean sábios, que los que se arrojan al apostolado no ofrezcan lado alguno vulnerable. Como la erudicion se va haciendo general, es necesario que los autores sean eruditos y enciclopédicos. El artista sobre todo, á mas de sus especiales conocimientos facultativos, á la verdad no muy asequibles, vista la situacion de nuestras academias, ha de conocer debidamente el fondo del corazon humano, el juego de las pasiones, la variedad de los caracteres, el tipo de las razas, las costumbres de los pueblos; en una palabra, la historia en sus pormenores íntimos, la filosofía en lo que tiene de mas elevado, la estética en su concepto mas ideal. Desgraciado del que llega al gran certámen sin armario de todas piezas, porque sucumbirá á los golpes de una rivalidad generalmente hostil, ó bajo la rechifla de censores pretenciosos, que por una tilde le negaran todo merecimiento.

¿Y qué estímulo induce á tanto empeño, qué galardon se ofrece á tanto compromiso? Ah, cuando á las obras maestras se anteponen los artefactos de París y Bélgica; á las bellas decoraciones originales, el papel pintado de á tanto la vara, y á una buena pintura una mala fotografía, poco debe confiar el artista de un siglo que se paga de meras esterioridades, incapaz aun de estimar los heróicos trabajos del que impulsado de su irresistible vocacion, cultiva el arte solo por el arte, aceptando á sabiendas una vida de amargura para llenar en conciencia su mision sobre la tierra.

Nos hemos prometido estas digresiones á fin de encarecer los timbres de una clase digna de toda consideracion por su inmenso influjo en la cultura y hasta en la riqueza de las naciones, compañera fiel de la civilizacion, y cuya susceptibilidad se afecta asi del órden de los sucesos como de la opinion que la regula, tanto mas falible, cuanto formulada á bulto y no siempre por jueces competentes. Esta consideracion atañe en especial á la crítica, que llevando la voz de la generalidad falla magistralmente quizá sin haber saludado los rudimentos del arte ni hacerse cargo de la gran tarea que presupone una obra bien acabada, no curándose de juzgar al autor complexamente, segun las cualidades diseminadas en sus producciones, sino por una sola, que podrá ser defectuosa por varias causas muy frecuentes en pintura.

Por fortuna hablamos hoy de un maestro que solo merece elogios; pues desde su aparicion se grangeó un lauro inmarcesible.

Reuniendo las mejores condiciones para descollar en primera línea, Gisbert tiene imaginacion, sentimiento, buen estilo, correcto dibujo, y en general honda nocion del arte que profesa y de sus recursos. El *Suplicio de los Comuneros*, con ser flor primeriza de su ingenio, honraria á un Robert y á un Delaroche: es imposible crear figura mas arrogante y magestuosa que la de ese Padilla, cruzado de brazos, contemplando con la sublime resignacion del cristiano y la entereza del mártir de una santa causa, á su amigo descabezado, junto al pilon que le aguarda para recibir igual muerte. La economía y acertada disposicion de la escena, solemne y terrible, sin ser repugnante, la buena colocacion de los personajes segun el papel que desempeñan, la accion significativa de todos ellos que deslinda de una manera clara las peripecias del tremendo drama; cabezas espresivas, formas bien modeladas, escorzos naturales, perspectiva con gradacion, accesorios oportunos, abundancia de luz y belleza de color: hé aquí las cualidades que en ese lienzo rebosan, marcando las diversas fases del genio de su autor, bastantes para legitimar sus venideros lauros, sobre todo despues que se hayan aquilatado con la madurez y depurado con la esperiencia.

El artista que tan buenas muestras da de sí, no podrá desmentirse en lo sucesivo, pues un talento natural ó adquirido es al hombre lo que el genio y la figura: su bosquejo mas desaliñado ofrecerá siempre algo de característico.

Inútil por lo tanto será decir que en el nuevo cuadro de la *Jura de don Fernando IV*, pintado para el salon del Congreso, vemos á Gisbert con todas sus dotes materiales: vemos en primer lugar un gran suceso nacional hábilmente interpretado, con la animacion del drama, la gracia del poeta, la profundidad del filósofo, y el rigorismo y propiedad de la historia: vemos en otro concepto una bellísima composicion que cautiva la mirada por su armonioso conjunto, la esplendidez de tono y color, la verdad de los pormenores y la cabal perfeccion de sus partes.

Segun nosotros, este doble concepto, debe siempre presidir al juicio de cualquier obra histórica. Un cuadro es una especie de escenario, que á veces compendia un libro ó equivale á un largo poema, con la diferencia de que todo el contenido del primero y el relato ó cantos del segundo, se espresan de golpe, en una sola situacion, sin perífrasis ni circunloquios, dentro de los cuatro ángulos del marco que lo aprisiona. En esta breve página ha de abarcarse el asunto con sus rasgos y atributos mas definidos, de modo que el espectador se forme una idea cabal de los personajes, tiempo, lugar y hecho que se figura, coligiendo en lo posible su base y filiacion, su valor representativo, su objetividad directa, y su enseñanza mas ó menos intencionada. Si la composicion llena estos requisitos, por mas que fuere de índole episódica, cumplirá con las leyes estéticas y podrá graduarse de buena.

¿Quién duda que la gran pintura, la verdadera pintura histórica ó simbólica es un drama abreviado, una accion puesta en escena para suscitar por medio de representaciones figuradas, los sentimientos mas análogos á la situacion que se espone?

Todo arte lleva un objeto serio, envuelve una doctrina, y para no ser estéril ha de proponerse un fin moral. Rafael, en sus célebres Loggias, en la Escuela de Atenas, en la Disputa del Sacramento; Miguel Angel en su maravilloso fresco del Juicio final; Rubens en la Galería de Médicis; Angélico en las mas de sus obras; Orcagno, Mosaccio, Rembrandt, Holbein, Van-Eyck, etc., Juanes, Velazquez, Cajés, Coello y otros maestros españoles, los grandes pensadores modernos de Alemania, Francia é Italia, Koulbach, Cornelius, Zugress, Chenevart, Owerbeck, en una palabra, los primeros pintores en sus composiciones mas filosóficas, han traducido bajo formas sensibles una idea grandiosa, dirigida á exaltar la mente, herir el corazon y promover consideraciones elevadas de sentido práctico, segun aquel clásico principio del *utile dulci*, sin el cual las bellas artes carecerian de mision verdadera.

En la pintura histórica se nos familiariza especialmente, de un modo gráfico, con aquellos hombres y aquellos sucesos que en la aridez de la cronología despuntan vagamente, los cuales envuelven consigo el gérmen de todo entusiasmo, siendo un manantial perenne de recuerdos é inspiraciones, el vínculo de la hermandad política, el foco donde se alimenta el amor patrio, el emblema de antiguas glorias, la base del orgullo y del honor nacional.

El señor Gisbert, que tan perfectamente resumió en su primer cuadro la epopeya del Comunerismo, en el nuevo que analizamos, rasguea con trazos valientes otra fase histórica no menos señalada, á saber; la turbulenta minoría de Fernando el *Emplazado* y la regencia de aquella insigne princesa que brilla en los anales castellanos con el nombre de doña María de Molina. Surgia ya entonces el elemento democrático, que representado por una nobleza invasora, rompia las tradiciones de la antigüedad con el antagonismo liberal de las córtes, fórmula primera de la autonomía popular que llegando á las gradas del solio, empezaba á habérselas de potencia á potencia, como síntoma de aquella aspiracion que debia abrir el camino á las futuras emancipaciones y causar tantos desórdenes en los reinados sucesivos. Mediaban tambien á la sazon ambiciones parciales, achaque de toda minoría, con que los mismos infantes don Enrique y don Juan, tios del rey, bajo color de su tutela, aspiraban al supremo mando, habiendo logrado atraer á su causa gran número de villas y concejos; siendo ya tanta la parcialidad, que cuando la reina llegó con su hijo á Valladolid, le cerraron las puertas y medió largo combate antes de concederle entrada.

Aunque pasa por asaz dudoso que el tierno don Fernando fuese jurado en las córtes de Valladolid (víspera

de San Juan de 1293), es indudable que en ellas tomó parte señalada la valerosa matrona, tan prudente despues en su gobierno, que á nombre del derecho y de la orfandad hubo de invocar el auxilio de los tres brazos contra las banderías harto desembozadas, que amenazaban la seguridad del trono.

En cuanto permitia un argumento tan complejo, Gisbert ha salido de él muy airoso. Resalta á simple vista la grandiosidad de aquella reunion, tumultuosamente confundida, agitada por contrarias pasiones, compuesta de clero, nobleza y pueblo, unos mostrando cautelosa reserva, otros disimulado coraje, al paso que el grupo mayor, sojuzgado por la presencia de sus monarcas, prorumpe en ardorosos vivas y aclamaciones. La reina, de pie en el trono, tendiendo los brazos con ademan enérgico, espresa noblemente la dignidad que ejerce y su tierna solicitud de madre por aquel niño revestido de los regios atributos, que tranquilo en su inocencia, se halla como absorto en medio de tan ruidosa ovacion. A ambos lados del trono los dos rebeldes infantes, bien caracterizados en figura, edad y trage, si bien se sorprenden de lo que pasa, revelan su cauteloso amaño y la protesta interior que les subleva para conseguir despues un resultado favorable á sus intentos. Algunos prelados en reserva cerca de la reina, á quien favorecieron mucho, parecen consultar entre sí agenos á toda manifestacion, con la gravedad propia de su estado. Las naves de la catedral, ricas en detalles arquitectónicos, sirven de decoracion á esta escena animadísima.

Considerando el pie forzado á que el artista debió ceñirse, no creemos pueda cumplirse mejor con la verdad dramática y con el rigorismo de la historia. Sin embargo, algunos censores, de menos de los que al principio indicamos, echan la simetría ordenada de un congreso nacional, donde cada clase tenia su lugar, criticando además la ausencia de ciertos personajes, la compostura de unos, la oportunidad de otros, etc., etc.

Hoy dia priva mucho aquello de *querer entender de todo*, que por cierto es *ridícula presuncion*. Es muy fácil á vista de un trabajo concluido, decir: le falta esto, le sobra lo de mas allá; ¿pues no basta acometerle y salir airoso? ¿Acaso el artista puede amoldarse al juicio de cada espectador ó de cada crítico? Medrada quedaria la libre accion del genio; pero esto es un desvarío, y cuando el problema queda resuelto á satisfaccion, aunque en el modo de ver se discrepe, no hay derecho á exigir mas.

Es probable que Gisbert, á ser dueño de mayor espacio, hubiera añadido accesorios que el cuadro no admitia sin perjuicio de la unidad, de la claridad de esposicion y del buen efecto óptico, cuando merced á este sacrificio, que de seguro tuvo muy en cuenta, por un hábil esfuerzo que es un mérito mas, logró sobreponerse al inconveniente material, desarrollando su produccion con naturalidad, sin esfuerzo, sin embarazo, sobre un plan despejado, no obstante la accion complexa y el gran número de figuras principales y secundarias que entran en la misma.

Tambien se ha creido ver poca exactitud en los trages, cual si ya todos nos halláramos graduados en arqueología; pero este defecto, caso que lo hubiese, que no le hay gracias á las prolijas investigaciones del autor, mas que á él, debiera achacarse al desprecio en que generalmente tenemos nuestros monumentos, raiz de tan necesario estudio, de modo que no hay siquiera una breve coleccion, una mera reseña que pueda servir de guia á los profesores; y si bien el señor Carderera está dando á luz su preciosa Iconografía, como reducida á una especialidad, no basta para fijar reglas sistemáticas acerca de la indumentaria en todos los siglos.

Corresponderia ahora hablar de la ejecucion ó parte material del mismo cuadro; ¿pero qué necesidad hay de encarecerla á los que han logrado verle y admirarle? Cuando todos los críticos se hacen lenguas en su elogio, inútil es decir mas. La reputacion de Gisbert, justamente sentada, garantiza su suficiencia, sin dejar argüir de él aquellos deslices que son incompatibles en un maestro. Podrá haber sus matices de valor relativo, como sucede en todas las creaciones humanas, sin que esto rebaje el mérito general, siendo notorio que ni aun las supremas eminencias están exentas de lunares. En cambio hánse evitado en esta obra los escollos donde muchos suelen tropezar, como la simetría poco natural, los efectos rebuscados, el paralelismo, la disparidad, la trivialidad, el amaneramiento, la subjetividad escesiva; advirtiéndose por el contrario unidad en la variedad, animacion no exagerada y armonía no aparatosa. Si espresivas son las cabezas, sentidos son los ademanes; los términos se destacan sin confundirse; la accion se enlaza perfectamente desde los personajes aislados que concurren á ella cada uno segun su juego, hasta los grupos que en masas bien condensadas, allegan la verdad de la naturaleza á la mas artística disposicion. Rebosa por último en todo una fecundidad briosa, una concepcion valentísima, gran soltura de mano y la gestion desembarazada de un talento superior que arrolla todos los obstáculos y vence con habilidad las dificultades.

Así legitima Gisbert su celebridad, y confirma las esperanzas que dejó concebir desde su aparicion, para mayor lustre de las modernas artes españolas. Asociémonos de buen grado á sus triunfos, pues honrándole á él nos honramos á nosotros mismos.

VIAJE AL AFRICA CENTRAL

Y Á LA ISLA DE FERNANDO POO.

(CONTINUACION.)

Los serreses, pueblos primitivos de la Senegambia, cuéntase que huyeron al ver á los fulahs bajar de los desiertos del Norte de Africa é invadir su pais sobre camellos, cuadrúpedos desconocidos para ellos hasta entonces. Los fulahs son industriosos; las cabañas que habitan están bastante bien construidas; fabrican algunas telas de grosera muselina. Yo he visto fulahs que llevaban una especie de sandalias de tafilete encarnado, y pendientes en las orejas trabajados por ellos mismos. Sus caballos tenian estribos y cascabeles de plata. Los fulahs tienen un fanatismo sin límites y aborrecen con furor á todos los paganos, y pagano es para ellos todo el que no cree en Mahoma.

Los yaloffs son belicosos; su estatura es alta; son ágiles y robustos su piel suave y de un negro mas subido que el azabache y reluciente. No tienen la nariz tan aplastada, ni los labios tan gruesos como los mandingas. Los yaloffs avanzan en el campo de batalla de la misma manera que corren tras las fieras al confuso ruido de instrumentos marciales, en medio de gritos y ahullidos que lanzan en desórden, blandiendo sus armas; y cuando están á punto de llegar á las manos, se paran de repente, se emboscan detrás de un árbol ó una mata para apuntar mejor á su enemigo, sin que éste les pueda alcanzar. Son escelentes ginetes y tienen una habilidad particular para domar los caballos y los montan con sorprendente agilidad.

Tuve ocasion de ver al cadí de Cayor, uno de los principales jefes de los yaloffs. El capitan del buque tuvo necesidad de verle en Gorea, pequeña isla á una legua del continente africano. Aunque está reputado como independiente el reino de Cayor, se halla bajo el dominio militar de los franceses, que tienen un fuerte allí y desde donde trafican con muchos Estados de la Senegambia. Los franceses han abierto un camino para la facilidad de sus comunicaciones desde las orillas del Senegal á las del Gambia, y hubiera sido posible el ir por este camino á la poblacion de Rufisque, en frente de Gorea; pero no queriendo perder tiempo el capitan, dió órden de encender las calderas y levar anclas para ir á Gorea con el *Ethiope*. En buque de vela, el viaje suele ser incierto y largo á causa de los vientos y corrientes casi siempre contrarios á la navegacion, aunque no hay mas que cuarenta leguas desde la costa de Senegambia á Gorea. Con frecuencia los buques de vela tardan un mes en la travesía. Partimos, pues, y navegamos por bajo las islas de Cabo-Verde, mitad africanas, mitad portuguesas, porque las islas y las costas africanas están todas llenas de recuerdos de los portugueses, á quienes debe la Europa moderna su descubrimiento. Allí se presentó á mi vista por primera vez un sublime espectáculo que causó un movimiento de terror, no solo entre los pasajeros, sino tambien entre los marineros. Cada cual recordó involuntariamente los horrores de la *Medusa* y el banco de Arguin. El capitan permaneció sereno y tranquilo, siguiendo seguro y descuidado, mandando sin embargo ejecutar ciertas maniobras.

Las inmediaciones del Cabo-Verde son famosas por las tempestedes que casi contínuamente reinan allí. Empero no era esto solo lo que habia escitado el terror de los pasajeros. Era una tromba, manga ó columna de agua, que parecia suspendida de la punta del cabo en el mar y que daba vuelta como un peon de Oriente á Occidente. Pronto se disipó y con ella desapareció el pensamiento del peligro, quedando solo el recuerdo del imponente y magnífico espectáculo que habíamos presenciado.

Apenas se habia disipado el terror, cuando una especie de nube ancha y compacta vino á escitar de nuevo mi admiracion y á renovar el sobresalto de algunos pasajeros, del cual se reia el capitan. En efecto, eran langostas acumuladas cual una inmensa nube, y que los habitantes del Cabo lanzaban sin duda de sus campos al mar. Estos insectos llevan en pos de sí la desolacion por todas las comarcas por donde pasan, pues despues de haber consumido los árboles, las hojas y los frutos, devoran hasta la corteza. Las cañas mismas que sirven de techo á las cabañas de los negros no se libran de su voracidad. Trabajo costará creer que las langostas sirven de alimento al hombre; parece sin embargo que muchos pueblos del Africa se alimentan de ellas machacándolas unos y reduciéndolas á polvo mezclándolas con habas, asando las otras sencillamente sobre las ascuas. Algunos negros llegan hasta decir que son un manjar delicioso. Aquí puede muy bien recordarse nuestro antiguo refran de que «de gustos no hay nada escrito.» De mí puedo asegurar que no tendré jamás semejante gusto.

Dejando tras nosotros las islas de Cabo-Verde, de las cuales la principal es Santiago, despues de haber doblado felizmente el *Ethiope* el Cabo frente al cual están situadas estas islas, llegamos á Gorea, á donde llevaba mercancías al capitan, y en donde hay diferentes factorías francesas. Desembarcamos en los Estados del rey de Cayor. El rey se hallaba en persona á las inmediaciones de la costa, y nos mandó á decir que tenia deseo de conocer á los viajeros; y como nosotros no teníamos menos curiosidad de verle, nos apresuramos á aprovecharnos de su deseo. Fuimos, pues, con el capitan á la poblacion negra, compuesta de chozas parecidas á columnas, en donde se hallaba el monarca negro. Nos dirigimos á su palacio, que en nada se diferencia de las habitaciones inmediatas; paja, tierra y cañas formaban las paredes y los techos.

—¿Cómo haremos para entrar dentro? dije al capitan, buscando en vano con la vista una puerta.

—Haremos como los mas grandes señores del pais, como el rey mismo, respondió el capitan: nos echaremos al suelo y entraremos por ese verdadero agujero que usted ve en la parte baja de la choza.

Algunos grandes del reino, que aguardaban al lado de aquel régio pórtico el momento en que su sublime y gracioso monarca les diese audiencia, nos enseñaron mejor que nada prácticamente el modo de introducirnos en el palacio.

Allí, en medio de una isla de Africa, parecióme ver realizada la alegoría del poder y de la fortuna. Para lograrla en Europa misma, los cortesanos se doblan para penetrar en los palacios y se arrastran moralmente en ellos ante los ídolos del poder, como materialmente lo hacen aquellos negros faltos de civilizacion ante sus repugnantes y asquerosos príncipes.

El capitan y tres ó cuatro pasajeros de los de mas categoría hicimos como los negros y penetramos en el interior del palacio, cuya sencillez era igual á su esterior. No habia mas pavimento que el suelo donde se hallaba construido. De trecho en trecho estaban colgados varios talismanes ó amuletos, en cuyos encantos creen casi todos los negros, cualquiera que sea la religion á que pertenezcan. El rey se hallaba sentado con las piernas cruzadas sobre una estera de junco y nos hizo una señal de proteccion en cuanto nos vió. Un gorro de algodon azul, bastante parecido al que suelen llevar los carreteros, ceñia su augusta cabeza, y segun la moda de los negros de muchas de las comarcas de Africa, se habia hecho recortar en sus cabellos, encrespados y lanudos, varias figuras. El rey, como casi todos los negros de aquellos paises, estaba vestido de la cintura abajo, con lo que en el lenguaje de los pueblos de la Guinea se llama un *tekle*, sostenido por un cinturon y muchas vueltas de coral. Un gran paño ó pieza de tela de tres varas de largo por otras tantas de ancho, les sirve á ciertos negros de manta por la noche, de bata por la mañana, de adorno durante el dia. Esta tela va pendiente del lado izquierdo del cinturon y les arrastra hasta el suelo. El capitan presentó al rey una escopeta, dos pipas de fumar y un sombrero con galon de plata, regalos que agradaron mucho al monarca; pero el principal artículo del que los negros hacen mas aprecio, y particularmente sus reyes, es el aguardiente. ¡El aguardiente! esa horrenda bebida alcohólica, es uno de los medios mas grandes de accion de los europeos sobre los negros. Con una barrica de aguardiente se ha obtenido muchas veces el permiso de construir fuertes y establecer factorías en la costa de Africa, no habiendo concesion que no se obtenga de un príncipe negro con el aguardiente. Esta es la civilizacion que los europeos vamos siempre llevando á las comarcas lejanas: en Africa el aguardiente, en China el opio, otro veneno esplotado por la odiosa rapacidad de los mercaderes ingleses. El rey por su parte trató de obsequiarnos haciendo que asistiésemos á una fiesta del pais antes de nuestra marcha, para lo cual dispuso que se verificase uno de los bailes que en la Senegambia llaman *belma ó folgar*. Es una danza al ruido de instrumentos del pais, entre los que sobresale el *tumba* (tambor), siéndome imposible describir el baile por las estraordinarias y variadas posturas de que se compone, y sobre todo el movimiento estremado de caderas.

Nos embarcamos el dia 10 y lo pasamos todo en el mar, llamándome la atencion una bandada de tiburones, que siguiendo de cerca la embarcacion, daban alrededor de ella saltos violentos con grande estrépito. Hallábase el mar como la superficie de un espejo. Encontramos un vapor inglés que llevaba apresado un buque negrero con doscientos cincuenta negros. Era una goleta de guerra la que habia apresado al negrero, que reconocimos por uno de esos buques portugueses que, á pesar de las leyes internacionales establecidas entre las grandes potencias marítimas de Europa y América, hacen lo que se llama la *trata de negros*. Hallábanse en el buque portugués aquellos doscientos cincuenta infelices apilados en el fondo de la cala como sardinas los cuales no habian escapado de mano de los portugueses sino para caer en otras manos enemigas, libertándose por una decantada filantropía de las cadenas de los negreros para sujetarlos á otras mas terribles, haciéndoles comprender como por una ironía horrible que son libres. ¿A dónde son llevados estos desgraciados? ¿Volverán á la costa de donde proceden? Ninguno de ellos querria volver al pais en que habian recibido la existencia y donde habian sido vendidos, porque la mayor desgracia para ellos seria volver á ser arrojados á la costa de los esclavos, en los reinos de Dahomey y de Benin.

En efecto, en todos los reinos de la costa de Africa, desde el Senegal hasta el cabo de Buena-Esperanza, los soberanos se abrogan el odioso derecho de vender

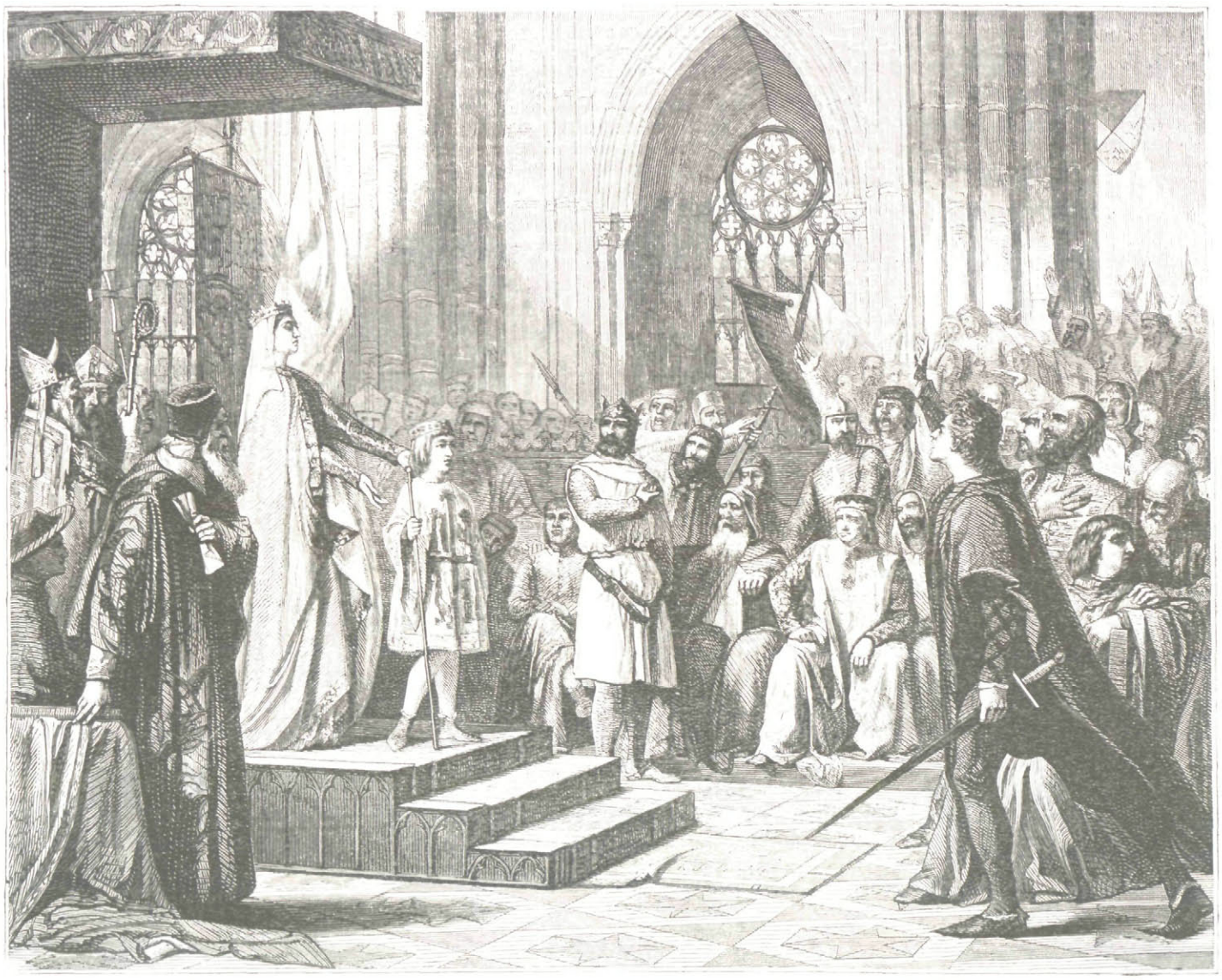
ISLA DE FERNANDO PÓO.—PUEBLO DE BUBI DE BANAPA. (DE FOTOGRAFÍA.)

los súbditos de que no están satisfechos. En ninguna parte está llevado á tan alto punto este despotismo espantoso como en los Estados de Dahomey y de Benin. Muchas veces los negros que son objeto de la trata, son criminales justamente condenados por la ley, y los darian la muerte si no les impusiesen la esclavitud, lo que esplica que se quejen en las colonias de Occeanía del carácter general de los negros. Muchas veces tambien estos desgraciados son prisioneros de guerra hechos por un soberano negro á su vecino, y no los tratan con mas barbarie viendo lo que hacian los antiguos romanos conservando la vida á los prisioneros que llamaban *siervos á servando*, y hoy el emperador de Rusia con los pobres prisioneros soldados que destierra á la Siberia. Otras veces, en fin, cuando los soberanos negros no tienen criminales ó prisioneros, se apoderan de ellos con el menor pretesto, inventando una causa cualquiera para apoderarse de las personas de sus súbditos, sobre quienes tienen generalmente derecho de vida y muerte, á quienes prefieren vender. No menos salvajes que estos príncipes, los príncipes europeos, lejos de oponerse al tráfico de negros, lo han secundado durante mucho tiempo, y aun muchas veces gentes reconocidas por ellos mismos han arrebatado negros libres, negros confiados que acudian á la costa, para irlos á vender despues á las colonias de América, en donde los blancos, que tienen necesidad de ellos para cultivar las tierras que no puede fecundar su pereza, se complacen en repetir de padres á hijos que los negros no son hombres y que pueden ser tratados con el rigor de bestias de carga. Si fuesen á las costas de Africa de otro modo los juzgarian, viendo á los representantes de las potencias europeas que tienen factorías en la costa tratar como reyes y magestades á los soberanos negros, que tan baratos venden á sus súbditos, y sobre todo observando hasta dónde podria llevarse el progreso en aquellas inteligencias si tuviesen el estado de libertad y el aprecio de sí mismos.

El dia 12 descubrimos á Sierra-Leona, llamada por sus primeros habitantes Romarong, y por los portugueses, sus descubridores, con aquel título, por haber supuesto que sus montañas abundaban en leones. Pero otros mas

entendidos han encontrado la etimología de su nombre en el fuerte ruido que la resaca hace en la costa semejante al terrible rugido de aquellos animales. Por mi parte, puedo decir, que por mas que pregunté é indagué acerca de su presencia, solo me contestaron que habia cuatro, dos de bronce en la magnífica casa del gobernador, y dos que tienen el escudo de armas de España, colocado sobre la puerta del consulado. Saltamos á tierra en Sierra-Leona, residencia del gobernador inglés de las colonias de Africa, y á la que llaman el «cementerio de los blancos» por la circunstancia de tener siempre dos gobernadores, uno caminando moribundo á Inglaterra, y otro en camino tambien para reemplazarle.

Magnífica es la vista que presenta Sierra-Leona con sus montañas cubiertas de lozana vegetacion, que no es dado espresar á la pluma ni reproducir al mas hábil pincel. Allí se eleva la esbelta palmera, reina de aquellos bosques, con grande abundancia sobre praderas matizadas de las mas lindas y hermosas flores. Lo mas notable de esta poblacion de veinte mil habitantes, es el establecimiento del tribunal mixto de justicia para juzgar los buques que se dedican al tráfico de negros. A Sierra-Leona son conducidos no solo los buques negreros, sino tambien los negros libertados de la esclavitud, para lo cual hay un hospital destinado á recibirlos, segun la inscripcion que hay sobre el mismo edificio.



JURAMENTO DE DON FERNANDO IV EN LAS CÓRTES DE VALLADOLID.—CUADRO DEL SEÑOR GISBERT.

ROYAL
HOSPITAL AND ASYLUM
FOR AFRICANS
RESCUED FROM SLAVERY
BY BRITISH VALOUR AND PHILANTHROPPY.
ERECTED A. D.—MDCCCXVII.
HIS EXCELLENCY LIEUT COL. MAC CARTHY. GOV.

Título engañoso é inconcebible por el trato que generalmente se da á los esclavos. La mayor parte sirven para cubrir la baja de los batallones, y otros son destinados como aprendices ú obreros forzados para ir á la Jamáica, y los que mejor librados salen, permanecen en la condicion de esclavos en el mismo Sierra-Leona, si bien con el nombre de sirvientes ó criados.

Fuimos recibidos á nuestra entrada en el puerto por el cónsul general español, señor San Juan. Todos los ingleses de alguna suposicion nos obsequiaron, y el gobernador, á quien fuimos á visitar, nos convidó á una comida de etiqueta, á la que tuve que asistir de uniforme, á pesar del calor sofocante que hacia. El clima de Sierra-Leona es insalubre. Colocado bajo un sol abrasador, es raro el dia que no se dejan sentir fuertes lluvias acompañadas de truenos y exhalaciones. Las calles de Sierra-Leona están tapizadas de una alfombra de yerba de bahama, y sus aceras tiradas á cordel. Reina en ella una ardiente agitacion, un bullicio indescriptible de negros que se ocupan en comprar y vender efectos en las numerosas tiendas de la ciudad. Hay una plaza que sirve de mercado en donde se ven hombres atléticos de la raza mandinga, que se distinguen de los demás por el trage talar que arrastran y el turbante blanco ó rojo que usan, llevando todos colgado de su cuello un pedazo de cuero en que están escritos algunos pasajes del Koran, y además colmillos de tigres, nueces venenosas y otros objetos que toman por sus ángeles de guarda y como preservativo. Los mandingas venden en el mercado frenos y bridas de caballo, látigos, calabazas talladas, arcos, flechas, lanzas, cajas de telescopio y otros objetos tallados por ellos mismos con la mayor paciencia y primor. Los gritos de las mujeres resuenan desde la madrugada por las calles vendiendo el *fu-fu*, que es una masa hecha con el *ñame* pulverizado. En Africa las mujeres están habituadas desde su mas tierna edad á los trabajos mas duros; son bestias de carga, no las compañeras del hombre. Nada da una idea del trabajo de estas mujeres como el verlas llevar sobre su cabeza una cesta cargada con mas de cuatro arrobas, con el apéndice de un niño á sus espaldas, y andando catorce ó quince millas sin el menor esfuerzo ni cansancio. En Sierra-Leona me despedí de mi amigo y compañero don Pío Emparanza; él quedaba allí y yo debia continuar mas adelante.

(*Se continuará.*)

José Muñoz Gaviria, vizconde de San Javier.

DESDE MADRID A MI VALLE.

Adivinando, querido lector, que abrigas un corazon tranquilo y abierto á las dulces impresiones de lo santo y de lo bello; creyéndote dueño de un alma que en pos de la virtud bate sus alas libre del dorado cieno de la córte, te ofrezco un asiento en el vehículo de mi imaginacion, para llevarte, en este momento en que el dia va á fenecer, al poético y escondido Val de Iguna, el valle donde yo nací. Viendo estoy que te place mi invitacion, y que te dispones para la rápida carrera: partamos, pues... Mas los viajes con la mente empiezan y acaban en un punto, y hé aquí que ya estamos en mi valle. Admira, pues, lector querido, sus fértiles y pintadas praderas; contempla su apacible silencio, su miste-

riosa soledad; gózate en ese vago y melodioso murmurio con que se despide del dia que va á morir; torna los ojos hácia ese sol, que al trasponer la cumbre de la vecina montaña, le envia un cariñoso «adios» en sus postreros rayos; tiende la mirada, en fin, sobre mi tranquilo valle, coronado ya por la pálida luz del crepúsculo, y tu alma levantará plácidamente su vuelo impulsada posantos y sublimes sentimientos de melancólica ternura... ¡Ah! bien sé que nunca ante los artísticos espectáculos de la córte, llegó tu corazon á batir sus alas bajo impresiones tan dulces y profundas como las que ahora siente ante el sencillo espectáculo de la naturaleza. Bien sé que nunca pudiste soñar en medio de la falsa belleza del gran mundo, nada tan grandiosamente bello como el plácido valle que ahora contemplas, melancólicamente alumbrado por la misteriosa luz del dia que va á espirar... Mas tu mirada está fija en la hermosa mansion que ocupa el centro de esa pradera... es el único palacio de mi valle. Pero no creas, lector querido, que es la morada de un poderoso señor donde la vanidad tiene un templo, no: aquí solo se alzan palacios para la virtud, y en ese que estás mirando vive la caridad. Ella en su recinto sustenta y educa cariñosamente á los desamparados huérfanos de esta comarca... ¡Dios bendiga la mano bienhechora que levantó tan benéfico asilo para bien de la desgraciada orfandad!... Mas ven: dejemos este solitario paraje, y penetremos en la vecina aldea antes que las sombras de la noche la oculten á nuestros ojos. Mira: aquellos tres ancianos labriegos que cruzan por la pradera, se descubren y nos saludan con profundo respeto... ¿Pero por qué tanta cortesía?... ¿Qué consideraciones nos deben á nosotros para darnos tales muestras de sumision?... Sin el fruto que solo ellos saben arrancar á la tierra para atender al necesario sustento del hombre, ¿qué seria de nuestra vida, incapaz de soportar las fatigas campestres?... Ellos se humillan deslumbrados por el brillo de nuestro trage, y no ven que son mas nobles, mucho mas nobles, que las vestiduras inventadas por la necia vanidad, el remendado pantalon y la burda chaqueta del campesino. Un dia venturoso brillará al fin, en que disipadas á sus ojos las tinieblas de la ignorancia, sabrán humillarse solo ante la virtud, porque solo en ella verán lo que es digno de respeto y veneracion en el mundo...

Pero ¡ah!... nuestra planta se fija ya en el lugar bendecido porque tanto suspiré en la córte... ¡hé aquí mi querida aldea!... Mira: en aquella casita blanca casi escondida entre el follaje nací yo; bajo las frondas de aquel sáuce que se destaca á su lado, vibré por vez primera las cuerdas de mi laud, y mas tarde, entoné las canciones, ignoradas aun, con que pensaba conquistar un dia el laurel de los vates, en la córte... ¡Pobres canciones mias!... Batid, batid las sonoras alas y remontaos otra vez al templo de la inspiracion que en fatal hora abandonásteis!... Vosotras apeteceis el aplauso del cortesano mundo, y no debeis esperar ya por mas tiempo que os le conquiste aquel en cuyas manos no brilla la lira de oro que canta á la mentira y adula á la vanidad!... ¡Huid, sí, de mi pobre laud, ó resignaos á vivir, tal vez eternamente ignoradas, en el oscuro recinto de mi boardilla!... ¡Ay! perdona, querido lector, si por un instante pude ofender tu oido con mi lamento. Internémonos ya algunos pasos mas en mi aldea solitaria, y como hoy es el dia destinado al solaz, hallaremos el centro de los placeres de sus tranquilos moradores: hallaremos el baile. El ver gozar al mundo que las rodea es una de las mas gratas satisfacciones de las almas nobles: nosotros gozaremos, pues, de esa dulce satisfaccion ante el alegre espectáculo que vamos á contemplar: hélo allí. La danza se ha suspendido en este instante; pero los bailadores, formando la línea horizontal de costumbre, están en actitud de volverla á comenzar. Mientras esto sucede, fijemos la mirada sobre algunas figuras de este animado y poético cuadro, que alumbra misteriosamente la suave luz del crepúsculo. Esas zagalas de honesto y vistoso trage, de infantil y cándida timidez, te recordarán acaso las encantadoras heroinas de los viejos idilios; esos mancebos que las festejan, con la airosa descompostura de sus vestidos, su esbelto talle y elevada estatura y su mirada melancólica y apacible, te darán á conocer el tipo, poco comun, de los hijos de este encantado valle. Pero advierte que mientras los semblantes de los caducos espectadores aparecen animados por la ingénua y plácida sonrisa de la aldea, entre los de los jóvenes danzantes, apenas hay alguno que muestre contento... Es que sus tiernos y sencillos corazones palpitan al sentimiento del amor, y la sonrisa del amor campesino es esa vaga melancolía que se refleja dulcemente sobre su rostro. Sí, ellos aman... pero ¡ay! la negra fortuna, esterilizando una sola vez la tierra que cultivan, puede abrir el hondo abismo de la miseria entre ellos y la mujer que adoran: ¡ellos aman!... pero la bárbara cadena de una ley, que huye ante el poder del oro y se ensaña en la pobreza abatida, puede arrastrarlos, para su tormento, lejos, muy lejos, de su amor: ¡ellos aman!.. pero impulsados por el brazo invencible de la misma ley que les acarrancó de su patria, vertiendo sobre su amor el inagotable veneno de la ausencia, les puede convertir en bárbaros matadores de sus hermanos... ¡A ellos, que saben, porque su madre se lo repitió mil veces en el tranquilo hogar, que el Redentor del mundo mandó á los hombres amar á sus enemigos! ¡A ellos, que nunca reconocieron por verdaderos héroes á los que gritan «¡venganza!» y matan, sino á los que murmuran «paciencia» y perdonan!... ¡Ah, mostrad, desgraciados hijos de la pobreza, mostrad en el noble rostro la dulce melancolía del resignado mártir; que sobre vuestros amores, sobre vuestra existencia baten eternamente sus negras alas la miseria y la esclavitud!... Apartemos ya, querido lector, nuestra mirada de esa larga cadena de desventurados amantes, y busquemos en el cuadro otras figuras que examinar. Hé allí, en medio del grupo mas animado del baile, el jóven tocador de la aldea, disponiéndose ya á arrancar los monótonos, pero dulces y apacibles, acentos de su viejo violin. Ese mancebo es el amante mas favorecido por las zagalas; y es que en esta encantada mansion de la poesía se adora instintivamente el arte, y ese mancebo es el único artista de la aldea... Mas ¡qué! los espectadores se alejan ya y los jóvenes danzantes se disponen á alejarse tambien... ¡ah! es que está sonando el toque de la oracion. En estos apartados lugares, y al correr esta solemne hora, la vibracion de la campana ejerce un mágico imperio sobre los sentimientos religiosos de los corazones mas endurecidos, y no es posible escucharla sin que del labio brote espontáneamente una plegaria de santa y fervorosa uncion... Pero advierte: en torno nuestro todo está ya sumido en las sombras de la noche, en las sombras de la soledad... Ese lánguido y quejumbroso rumor, que llega hasta nuestro oido, es el triste concento que levantan las fervientes oraciones pronunciadas en esas oscuras viviendas... El Señor las oirá desde su trono, y el ángel de la paz descenderá para estender cariñosamente sus alas sobre mi bendecida aldea... ¡Ah! ¿Y habré yo de abandonar otra vez este plácido puerto de la quietud para cruzar el borrascoso mar de la córte, donde tantos escollos aguardan á mi pobre barquilla?... ¡Sí, yo tengo entre mis manos un arpa cristiana para cantar la virtud, y yo debo correr á vibrarla allí donde mas prepotente y altanero levanta su cabeza el engañoso vicio!... Volvamos, pues, querido lector, volvamos, pues, á la córte... Dejemos ¡ay! este benéfico templo de la tranquilidad; pero dejémosle pronunciando una plegaria para bendecir el momento venturoso, en que, con las alas del deseo, volamos desde Madrid á mi valle.

EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

CANTARES GALLEGOS.

POR

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

(CONCLUSION.)

As de cantar, poesía llena de inocencia, de espontaneidad y de gracia, es una perla; pero no una perla de relumbron, de las que como tales bautiza la piedad calumniosa de un amigo cuando habla de las cuentas de porcelana ó de vidrio, bonitas al *sentido* de la vista, que ha fabricado el ingenio físico de otro amigo, á quien debiera en justicia aplicarse el primer verso de la respuesta que dió á Felipe IV, sino me es infiel la memoria, el famoso Calderero de Puerta Cerrada:

—Dícenme que verteis perlas.
—*Sí, señor, mas son de cobre.*

Hay un cantar que dice:

Cantan os galos pr' ó dia,
Érguete, meu ben, e vaite.
—¿Cómo m' ei d' ir, queridiña,
Cómo m' ei d' ir e deixarte?

No cabe,—como se ve,—asunto mas resbaladizo; pero la señora Castro lo ha rodeado de un velo tan pudoroso y de una aureola tal de poesía, que ni á la honestidad alarma, ni despierta en la malicia mas refinada pensamientos que no sean castos.

Canta xente, canta xente,

es el cuadro palpitante de una romería á Nuestra Señora de Barca. A no haber mas espresion en el dibujo de la pluma y mas intensidad en el color de la palabra que en el dibujo del lápiz y en los colores de la paleta, diria yo que la señora Castro habia robado á mi paisano Fierros las romerías gallegas, como yo le robaria de buena gana los *Charros* que presentó en la boda de labradores de mi tierra, cuando la última Esposicion de pinturas.

Es tan gráfica la poesía de *Canta xente*, que el lector se traslada sin esfuerzo á los lugares deliciosos que en ella se describen, y ve saltar á tierra, de lanchas y botes *con aparellos de festa*, las gallardas mozas de todas aquellas pintorescas aldeas y caseríos que difícilmente podrian confundirse con las de otras provincias, ni aun con las de otros puntos de la comarca, por su aire, por su acento, ó por su trage.

Vé á las de Muros:

. . . . . .
tan finiñas,
Qu' un coidára que se creban,
C' aquelas caras de virxe,
C' aqueles ollos de almendra,
C' aqueles cabelos longos
Xuntados en longas trenzas, etc.
. . . . . .
Descendentes das airosas
Fillas da pagana Grecia,
Elas de negro se visten, etc.

Vé á las de Camariñas, vestidas

Cál rapaciñas gaiteiras,
Sayas de vivos colores,
Pó- lo pescozo da perna
Lucindo ó negro zapato
Enriva da branca media, etc.

Vé á las de Cé, de cuyas manos dice:

Nin hay mans tan ben cortadas,
Tan branquinas e pequenas,
Com' as qu' amostran finxindo
Que non queren que llas vexan, etc.

Vé á las de Laxe:

un- has mozas,
Vaya un- has mozas aquelas!
Sólo con velas de lonxe,
Quítaselles á monteira.
. . . . . .
. . . . . .
Bailadoras... n' hay ningun- has
Que con elas se entrometan,
Pois por bailar, bailarian
No cribo d' un- ha peneira.

Aun tiene para mí títulos mayores al elogio la glosa del cantar *Campanas de Bastabales*. Esta composicion, cuyo ritmo es musical, consta de estancias de tres versos octosílabos; la última palabra del tercero se repite, generalmente, al principiar el primero de la estancia que le sigue, lo cual produce una especie de eco por estremo agradable, y le da cierto gusto que le asemeja á las canciones y romances viejos. Quéjase la poetisa de mal de amores, ausencias, olvidos y desengaños, y su quejido exhala una tristeza infinita, reflejándose en esta glosa el espíritu apasionado y profundamente melancólico que debió inspirar á Macías y demás trovadores gallegos de la Edad Media.

Una muchacha pide, con mucha necesidad, un novio á San Antonio, en ocho seguidillas tan chistosas que—cuando no por la circunstancia de la falta que le hace,—siquiera por lo mezquino de la demanda, es de presumir que el santo no la dejará fea. La muchacha, por otra parte, es lo que se llama un partido ventajoso.

Que levo en dote, (dice)
Un- ha culler de ferro,
Cátro de boxe.

—

Un hirmanciño novo
Que xá ten dentes,
Un- ha vaquiña vella
Que non dá leite...

Las seguidillas que acabo de citar espresan el amor zálio, tosco, impaciente y rebosando instintos animales: en el fácil y delicado juguetillo siguiente, *Acolá enriba*, el amor toma carne en una morenilla, vestida de blanco, tan vaporosa, tan aérea, tan impalpable, tan fantástica, que el amante que la persigue en lo alto de la montaña,—por donde ella corre, brinca, rie y canta, ya escondiéndose, ya apareciendo en el instante mismo,—casi la confunde con la niebla de la tarde ó con las nubecillas que tocan en la punta de las cumbres.

Ahora es noche oscura; la poetisa ve asustada sobre un peñasco un mochuelo, que la mira con los ojos horribles; llueve mucho; pero ella atraviesa el arroyo que la separa de su casa,—habiendo invocado antes el auxilio divino,—y una vez en salvo y lejos del siniestro pájaro nocturno, grita valerosamente, en son de escarnio, con todas sus fuerzas:

Non che teño, medo moucho,
Moucho, non che teño medo.

Todo el encanto de esta notable obrilla, señalada con el número 14, consiste en su color casi vetusto, pero gracioso é ingenuo. Parece una tenebrosa conseja de la niñez, hecha con el candor primitivo que resalta en los romances de la Infantina de Francia, modelos que sin duda tuvo á la vista el difunto don Agustin Duran, al escribir su precioso poemita de *Las tres toronjas*.

Si hasta aquí ninguna de las composiciones hubiera caracterizado con formas y sentimientos locales la tierra natal de la inspirada cantora, el romance *Sin ela vivir non podo*, bastaria por sí solo para conseguirlo; y si yo tuviese la autoridad necesaria para espedir patentes de poeta, (y ya no hubiese espedido una el público á Rosalía Castro), por mucho que pretendiera escatimarlas yo, despues de leer la poesía de que hablo, injustamente procederia negándole la que le corresponde. *Sin ela vivir non podo* es la cancion de la nostalgia, la elegía de la ausencia, el suspiro del alma que padece lejos del hogar, de la familia, de los amigos, en una palabra, de Galicia. Trasladaré aquí unos cuantos versos de esta obra, toda ella escrita por el estilo:

¡Ay! miña probe casiña,
¡Ay! miña vaca bermella,
Años, que valás nos montes,
Pombas, qu'arrulás nas eiras,
Mozos qu'atruxás bailando,
Redobre d'as castañetas,
Xas-co-rras-chás d'as cunchiñas,
Xurre, xurre d'as pandeiras,
Tambor do tamborileiro,
Gaitiña, gaita gallega,
Xa non m'alegras dicindo:
¡Muiñeira! ¡muiñeira! etc.

La glosa 18, *Hora, meu meniño, hora*, tiene ese *no se que* agradable con que, en ocasiones, nos sorprende la copla de ciego; es una ramita cortada del árbol del corazon, que añade la fe sencilla á la dulce llama de las creencias piadosas, para que se mantenga viva.

El cuento en octavas reales, de Vidal, personificacion del pária de aldea, y la letrilla *Pasan n'aquesta vida*, demuestran que á Rosalía Castro, —sin embargo de no ser tan fuerte en el género satírico como en el descriptivo y en el sentimental,—tampoco le falta gracejo, ni cierta picante malicia, que no está reñida con las formas urbanas y decorosas.

Al llegar al romance 25,

Castellanos de Castilla,
Tratade ben ós gallegos;
Cando van, van como rosas,
Cando vén, vén como negros.

un sentimiento de sorpresa y de dolor se apodera de mi alma, que quisiera ver borradas del libro de los *Cantares gallegos* las cinco páginas que á glosar el que dejo copiado se dedican. El romance es sentido, es enérgico; pero estas mismas cualidades parece como que hacen sobresalir mas, no diré la injusticia, el error que lo ha dictado. ¿Cómo Rosalía Castro, que tiene ternura, que tiene elocuencia, que tiene lágrimas, para amar, para bendecir y para llorar á su pais desventurado, solo guarda, al parecer,—pues no me atrevo á creer lo contrario, —*maldiciones* y *desprecios* para la hospitalaria Castilla, que en cambio del trabajo á que los hijos de Galicia, como todos los hombres, viven condenados en la tierra, ha partido siempre con ellos el pan de sus campos, en virtud de contratos soberanamente voluntarios y soberanamente libres, y aun prefiriéndolos á sus propios hijos, porque para las faenas en que los emplea son mejores que estos?

Que Castilla e castellanos,
Todos nun monton, a eito,
Non valen o que un-ha herbiña
D'estes nosos campos frescos.

¡Castilla y castellanos, todos juntos en monton, no valen lo que una yerbecilla de sus campos! ¡Apostaria yo á que pasado el momento de la inspiracion, no creyó la misma autora lo que acababa de trasladar al papel!

. . . . . .
Llanura e sempre llanura,
Deserto e sempre deserto...
Esto che tocou, coitada,
Por herencia no universo,
¡Miserable fanfarrona!
¡Triste herencia foi por certo!

¡Miserable fanfarrona Castilla, este pedazo de tierra heróica, de donde un solo puñado de leones llevó á los mas remotos confines del globo nuestras banderas, nuestra religion, nuestro nombre, nuestra hidalguía, nuestras artes y nuestro idioma, llenando el mundo de hazañas portentosas, de hechos increibles, y atando á su carro triunfal poderosos imperios?... Verdad es que en Castilla solo se ve *llanura y siempre llanura, desierto y siempre desierto*; pero esto no es un crímen, es, á lo sumo, una desgracia de que Castilla no es culpable; en cambio,—ya que el cielo no quiere que Castilla se distinga por la hermosura y fecundidad de sus campos,—se ha distinguido siempre por la lealtad, por la nobleza, por el valor caballeresco, por el espíritu libre, por la virtud y por el genio privilegiado de sus hijos. Lo que ha sido, se lo ha ganado ella; los pueblos es preciso que tampoco lo esperen todo del acaso y de la generosidad estraña. Despues de todo, si tan mal se porta Castilla con los gallegos que á Castilla vienen por pan, ¿por qué vienen? Ya ve Rosalía Castro que el remedio es fácil, y que si tuvieran otro mejor no admitirian éste, y harian bien.

He manifestado con toda franqueza,— como yo acostumbro,—la impresion que me ha causado la lectura de los versos contra Castilla. Rosalía Castro es el cantor de Galicia; pero si en algo estimase mi parecer, yo la diria que en vez de alimentar rencores inveterados, en vez de convertirse en intérprete y heraldo de preocupaciones añejas y funestas, levante su mágica voz —¡oh! ¡seguro estoy de que la levantará!—para inspirar á sus paisanos la fraternidad, el amor á la religion, á la libertad, á la patria, al trabajo, á la virtud, á todas las grandes ideas, en fin, que hacen á los pueblos prósperos, felices, buenos y dignos de vivir eternamente en la memoria de la humanidad.

La traduccion, un poco glosada, de mi *Eco nacional*, *La gaita gallega*, me satisface plenamente; el mayor elogio que de ella puedo hacer, es decir, que no la hubiera yo deseado mejor.

Es la *admirable poesía número 26, la mas perfecta*, á mi juicio, de la coleccion, y una de las mas acabadas que conozco de su género en el parnaso español antiguo y moderno. Cuantas ponderaciones se hiciesen de ella, serian pálidas. Es un cuadrito de *género*, pintado con una verdad, con una frescura y con una maestría inimitables.

Y ahora caigo en la cuenta de que insensiblemente he ido analizando algunos de los principales *Cantares gallegos*: he hecho, ni mas ni menos, lo que haria el necio que para admirar la belleza de una rosa, se entretuviese en arrancarle hoja por hoja, y en examinarlas y disecarlas con la calma prosáica y metódica de un botánico. En ciencias naturales comprendo la utilidad y la necesidad de las inspecciones anatómicas y químicas, la aplicacion del microscopio, del escalpelo y de los reactivos; en el arte, el mas ciego ve, á veces, mejor que el mas lince, con tal que tenga abiertos los ojos del corazon, con tal que no tenga cegada la fuente del sentimiento.

Perdone, pues, Rosalía Castro mi irreverencia, y cuidadito cómo trata otra vez á mi pobre Castilla, la cual, lejos de conservarle animosidad por su regaño contra ella, se apresurará á leer su libro y á saludarlo con una salva de aplausos, asi como lo pone sobre su cabeza.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

TRISTEZA.

Sobre el tapiz nevado
que el mustio valle cubre
derraman los luceros
sus pudorosas luces:
de la lejana sierra
por las agrestes cumbres
tienden sus pardos velos
las vaporosas nubes:
el céfiro se agita
con lenta pesadumbre
sin mecer en sus alas
canciones ni perfumes;
y en el desnudo tronco
que macilento cruje,
el ave del misterio
su soledad encubre.
¡Qué triste! ¡oh Dios! ¡qué triste
todo á mi vista surge!...
Tambien el alma mia
honda tristeza sufre...
Niña de mis ensueños,
hermosa cual querube,
ven á enjugar las lágrimas
que de mis ojos huyen.

JOSÉ VILLETA.

FLORES Y ABROJOS.

(LEYENDA.)

(CONTINUACION.)

Sus triunfos se hacian ya numerosos. Villamar era siempre el primero en felicitarla procurando con mucho tino atraerse las simpatías de Carlota.

La contrata estaba á punto de concluir. Ponce, á instancias de Carlota habia pensado trasladarse á París con su familia á negociar con una gran ventaja los ahorros que tenian hechos en muchos años.

El marqués sentia la proximidad de este viaje en que no podia acompañarles por los asuntos de su casa. El la gobernaba y tenia hermanos menores de quienes no podia separarse mucho.

Llegó por fin el dia anterior al de la partida de don Joaquin Ponce y su familia.

Carlota tomó en sus manos el álbum de los recuerdos y fue adicionando las páginas escritas del modo siguiente.

«Cuando te separes de mí y leas estos renglones, acuérdate de que en aquellos momentos estaré suspirando tu ausencia.

»Siempre que tengas ocasion escribe en estas hojas blancas tus pensamientos y todas las emociones que esperimentes durante tu viaje.

»Deja en los puntos de parada alguna memoria tuya que pueda leer con alegría cuando vaya á buscarte.

«Arturo de Carlota.»

«Angel consolador, reina del alma
Tú sola al corazon das alegría
Del que vivia en una inerte calma
Sin gozar, sin sufrir, yo no vivia.
Te ví un dia feliz: flexible palma
Que violento huracan agitaria
Jamás se estremeció como mi pecho
Dando abrigo al amor bajo su techo.
»Adios, Carlota, adios: parte ligera
Y acuérdate de mí. Te adoro tanto
Que mi felicidad ¡ay! se cumpliera
Partiendo tu placer y tu quebranto
A nadie idolatré de esta manera
Por nadie derramé tan crudo llanto
Pero nadie, ni quien me dió la vida,
Me dió tanto cual tú: mi alma perdida.

»Valencia, 22 de febrero.»

«Agradezco este recuerdo; podia usted no haberse molestado en escribir esas palabras sin sentido comun, esas mentiras que dice con tanto atrevimiento. En cuanto á venir á buscarme, no lo necesito: con mandar una tarjeta se cumple con las visitas. Usted ha hecho *unos versos, pero no es poeta: si lo fuera tendria corazon.»*

. . . . . .

«Feliz el que te ha mirado, feliz el que ha recogido un suspiro de tu amor.»

«¡Infeliz de la que ha creido en usted!»

. . . . . .

«Que no halles nunca, hermosa mia, mas que flores en el camino de la vida, es mi único deseo. Que no te puncen las envenenadas espinas que abundan entre las rosas mas delicadas. Que ningun hombre toque tu mano si su frente no lleva el sello de la honradez.»

«¿Cómo quiere usted que no halle mas que flores en el camino de la vida, cuando usted mismo ha sembrado la primera espina? Es verdad que he hecho muy mal en tocar su mano sin examinar antes si en su frente llevaba el sello de la honradez ó el de la deshonra.»

. . . . . .

«Te rodean muchos peligros: librate de ellos. Hay personas que se complacen en escupir á la virtud.

»Adios, alegría de mi alma, hasta que te dé su mano para siempre

»Arturo de Carlota.»

»Mujer, ángel mas bien, que al alma mia
Inspiraste el amor, ¿por qué abatido
Mi labio dejas, cuando va atrevido
Mi constante pasion á declarar?
¿Por qué al hablarme tu süave aliento
Mis sentidos embarga y enloquece?
Es que mi corazon, tal vez carece
De valor y de fuerza para amar.
»Valencia, 22, febrero.»

«Me libré del primer peligro. Procuraré no acercarme á las personas aficionadas á escupir á la virtud. Para conocerlas les buscaré el parecido con Arturo Villafuerte. No busque usted otro sobrenombre que su apellido. Podia usted haber dicho que es imposible que su corazon abrigue ningun afecto verdadero; pero no le habrá cabido en esos dos últimos versos.»

Despues de haber escrito estas líneas Carlota, recortó las hojas en que estaban y cerrándolas en un sobre dirigido á Arturo, las envió al correo, dejando el álbum olvidado sobre la mesa.

Pocos minutos habian pasado cuando entró Villamar á despedirse para Madrid.

—Usted dispensará que sigamos arreglando el equipaje...

—Señora... yo creo que no estorbaré.

—Ricardo tuvo tambien la suerte de presenciar esta misma escena en Valencia.

—¡Qué bueno es Irabien! ¿Creerá usted que á los seis dias de conocernos ya nos tuteábamos? Simpatizamos mucho.

Villamar tomó distraidamente el álbum y empezó á hojearle. La madre no lo observó y Carlota no estaba delante. Despues de recorrer las hojas de aquel libro, conoció lo que era y sacando un lápiz escribió en varios lugares. Luego lo dejó en el sitio que lo habia visto.

—¿Y Carlota? ¿Y Ponce?

—Por dentro andarán. ¡Si tenemos un tragin!...

—Es verdad, que un viaje de esta naturaleza ocasiona muchos trastornos...

—No lo sabe usted.

Carlota y su padre salieron y saludaron á Villamar. Este se habia ido entristeciendo por momentos.

Levantóse el marqués despues de una larga visita y despidiéndose de aquella familia, salió.

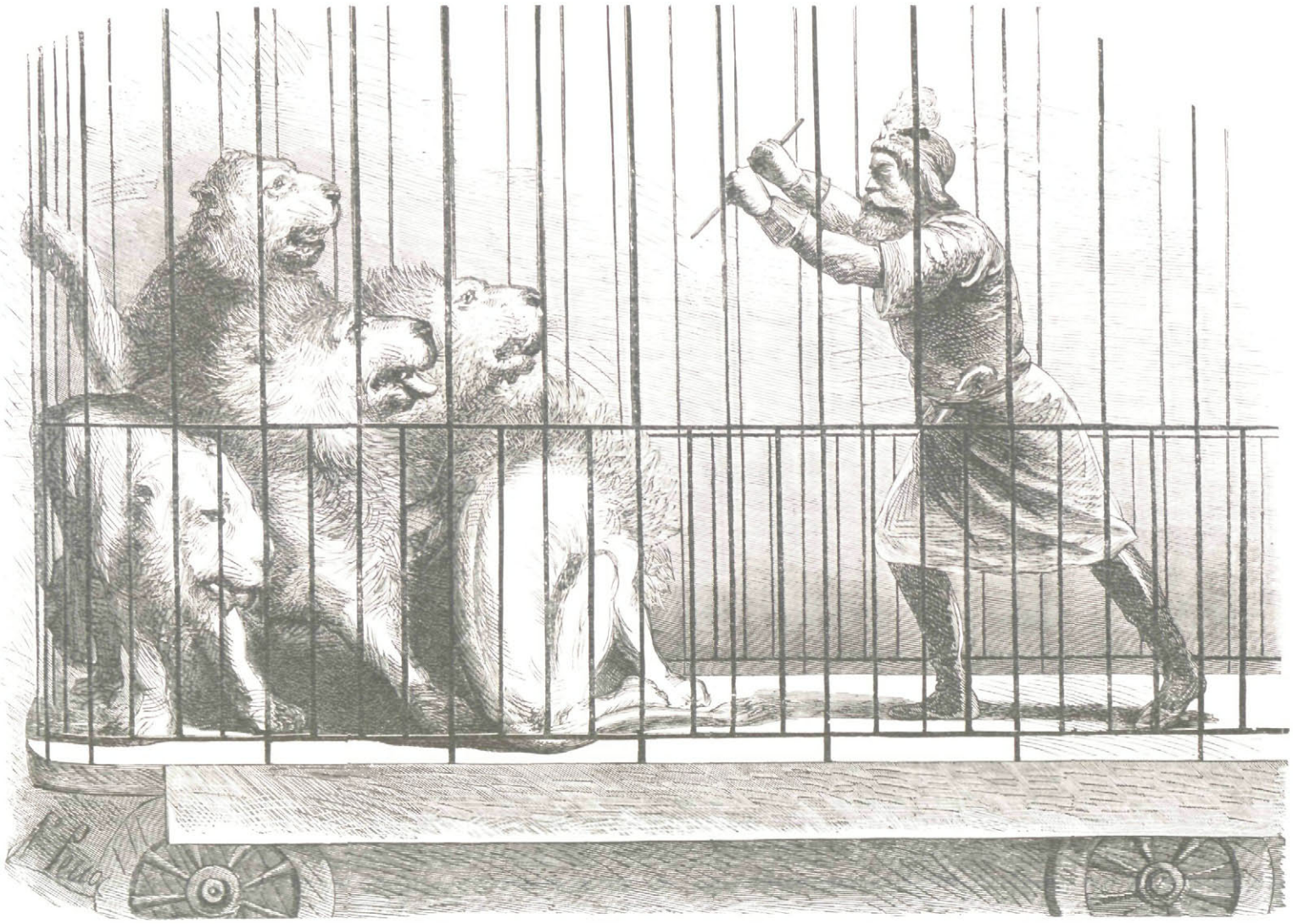
Carlota se quedó murmurando:

—Me vengaré de Arturo.

XVII.

COINCIDENCIAS.

Ya hacia algun tiempo que la familia de Ponce habitaba en París, y sus negocios prosperaban. Parece que la fortuna protegia el buen éxito de todas las operaciones que don Joaquin verificaba con el pequeño capital



MR. NEWCOMBE DENTRO DE LA JAULA CON LOS LEONES.

que Carlota habia reunido á fuerza de trabajo y de constancia.

En una bonita habitacion de una casa situada en el boulevard de Strasbourg, escribia la artista algo agitada las líneas siguientes:

«Mi amigo Ricardo: la vida es una cadena continua de combinaciones.

»Ayer por la tarde fuí á paseo con papá y una antigua amiga de colegio; llegamos hasta los Campos Elíseos. Despues de haber andado mucho, porque las distancias de París son inmensas, nos sentamos en uno de los bancos que hay en este sitio. Largo rato hacia que estábamos descansando, cuando me encontré frente á frente con Arturo. El se quedó turbado; yo dí un grito y me tapé la cara con las manos, diciendo: «¡qué horror!»

»¡Ay, Ricardo, qué desfigurado está! Apenas le conocí; se apoyaba en un baston muy grueso y andaba muy despacio.

»Iba con un caballero, que al oir mi esclamacion se paró mirándome. Mi amiga, que no le perdia de vista, observó que Arturo decia al otro: «esté usted alerta á lo que hace esa señorita, que despues le diré lo que ha sido.»

»Inmediatamente me levanté decidida á marcharme; Arturo me siguió. Papá quiso que entráramos en un café *chantant*. Cuando Arturo vió que habíamos tomado asiento, probó á colocarse cerca de mí, pero como yo me volviese de espaldas, se fué á otro sitio desde donde podia mirarme mas á su sabor. Hablaba mucho con su compañero, que no dejaba ni un momento de observarme. Al fin nuestros ojos se encontraron: los de Arturo como queriendo decir: «¡Jesus! ¡qué coincidencia! en el mismo sitio que esta mujer ha profetizado mi perdicion, me encuentro con ella;» y los mios significándole: «¡infeliz, qué triste es tu suerte.»

»Tomamos el café: él salió antes que nosotros, que lo hicimos al cabo de pocos minutos.

»Volvió á seguirnos, hasta que conoció que yo habia reñido á mi amiga porque le miraba demasiado. En seguida fuímos al jardin de las Tullerías, y le encontré tambien. Yo, haciendo siempre la distraida, conseguí perderle de vista.

»Imagínese usted cómo estaria mi corazon al ver al hombre que viene á derrochar su capital, delante de mí que vengo á creármelo.

»El 22 de febrero nos despedimos en Valencia.

»El 22 de marzo recibí su última carta que decia, «*en fe en tu Arturo.*»

»El 22 de junio llegué á París.

»¡Qué coincidencias, Dios mio! Yo creo que mi estancia en ésta no le habrá gustado, porque siempre tendrá una sombra que le perseguirá con mi recuerdo.

»Adios, Ricardo, mil afectos de todos.

»Su mejor amiga,

»*Carlota Ponce.*»

(*Se continuará.*)

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

CIRCO DE PRICE.

Entre las novedades que mas han llamado la atencion del público que concurre al Circo de Recoletos, figura á nuestro entender en primer término, la de los cinco leones que presenta Mr. Jorge Newcombe.

De estos cinco hermosos animales vamos á dar algunos detalles que hemos adquirido de persona competente.

Compónese esta familia de tres leones llamados Pompeyo, Neron y Wallees, y dos leonas que tienen los nombres de Victoria y Sahara; son naturales de Nubia (Africa) y la edad con poca diferencia de todos ellos es de seis años, haciendo solo un año que fueron cogidos en su pais natal estos reyes de la selva.

Su domador, Mr. Jorge Newcombe, es un hombre de treinta á treinta y cinco años, de elevada estatura, y cuya presencia y particularmente su mirada, deben de influir estraordinariamente en el ánimo de los leones; pues basta solo que se acerque á ellos fuera de la jaula para que se inquieten y muestren con rugidos su temor al mismo tiempo que su ferocidad. Este hombre natural de Lóndres, se ha dedicado por espacio de muchos años á domesticar bestias feroces, contándose entre estas despues de gran número de tigres, hienas y panteras, doce leopardos y ocho leones.

Su trabajo en el circo causa terror y admiracion al mismo tiempo; pues cuando entra en la jaula los rugidos, los saltos y las muestras de ferocidad de estos animales, no tienen comparacion con nada de lo que hemos visto en esta clase de espectáculos. Mr. Newcombe se vale tan solo de un pequeño látigo con el que los obliga á ejecutar diferentes posiciones, en alguna de las cuales muestra gran valor y serenidad; pero cuando mas nos admira es en la lucha que entabla disparando una carabina y un revolver en medio de ellos; los rugidos entonces son espantosos, la lucha terrible; baste decir que alguno de los leones, y particularmente una leona, dan saltos tan grandes, que suelen pasar por encima del domador. Este, últimamente los arroja á un estremo de la jaula, y aproximándose á ellos suelta la carabina y cuantos medios puede tener de defensa hincándose de rodillas en su presencia.

En el presente número damos una vista de la escena que tanto llama la atencion en el Circo de Price.

GEROGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Cada cosa en su tiempo como los nabos en adviento.

La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.